RADAR *libros*

Guillermo Saccomanno *Gutiérrez, el regreso*
Polémicas *La literatura como producto*
Reseñas *Chejfec, De Santis, Serio, Thomas, rock & pop*

SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 • 4 DE JULIO DE 1999 • AÑO II Nº 86



LA LARGA RISA DE TODOS ESOS AÑOS

Se cumplen el próximo 24 de julio treinta años de la muerte de Witold Gombrowicz, probablemente el más grande escritor polaco de este siglo y uno de los mejores narradores de la literatura argentina. Esta paradoja, motivada en su prolongado exilio en Buenos Aires, no es el menor enigma alrededor de su figura. Emecé publica, en estos días, Cartas a un amigo argentino, *un epistolario parcial y conmemorativo.*

por Witold Gombrowicz

Partí hacia la Argentina un mes antes de que estallara la guerra y allí permanecí los siguientes veintitrés años. Todo sucedió por casualidad. ¿Casualidad? Un día en el café Zodiac, en Varsovia, conocí un escritor de mi edad, Czeslaw Straszewicz. Me dijo: "Viajo a Sudamérica". "¿Cómo?". "En un mes el nuevo vapor transatlántico polaco *Chorbry* sale para Buenos Aires. Su viaje inaugural. Fui invitado como escritor, para escribir algunas columnas para los diarios". "¿Te parece que me invitarían también a mí?" "Puedes probar. Voy a mencionar tu nombre. Quién sabe, quizás funcione. La travesía sería más divertida si somos dos".

Funcionó. A veces leo en los diarios que fui a la Argentina para escapar de la guerra. ¡Para nada! Me preparé para el viaje sin pensar demasiado, y fue sólo por casualidad (¿casualidad?) que no permanecí en Polonia.

El día antes de partir tenía todo preparado, mis papeles en orden, y pasé por el café. "Tienes el permiso de las autoridades militares, ¿no?", dijo uno. "Tengo mi pasaporte. Presenté todos los certificados militares que tenía, de otro modo no lo hubiese obtenido". "¡Con eso no alcanza! Necesitas un permiso especial de las autoridades militares. Es sólo un formalismo, pero no te dejarán subir al barco sin él".

Miré mi reloj. Las siete menos veinte. Las oficinas del ejército cierran a las siete. Me metí en un taxi y corrí al cuarto piso. Demasiado tarde. Las puertas estaban cerradas. Habían pasado tres minutos después de las siete. Golpeé, de todos modos. Apareció el portero. "La oficina está cerrada. Por favor acabe con ese ruido".

La puerta se cerró una vez más. ¡Adiós América! Comencé a bajar las escaleras apesadumbrado: de repente, abajo, un barullo terrible. Era el equipo de fútbol que partía a jugar un match internacional en Dinamarca. También habían llegado tarde. Golpeamos la puerta de nuevo. Esta vez el portero nos dejó entrar y como favor especial nos sellaron los permisos. Ya lo ven, mis veintitrés años en Argentina dependieron de unos minutos...

Fue como si una gigantesca mano me hubiese tomado del cuello de la camisa para sacarme de Polonia y arrojarme en esta tierra perdida en el medio del océano, perdida pero europea... apenas un mes antes de la guerra. Me pregunto por qué aquella mano no me puso en Europa occidental. Porque, supongo, hubiese terminado en París. Si no hubiera dejado Europa, habría vivido en París después de la guerra, casi con seguridad. Pero la mano no pareció quererlo así porque, a la larga, París me hubiese convertido en un parisino. Y sentía el deber de ser antiparisino. Es que, por esos tiempos, no estaba lo suficientemente inmunizado. Mi destino era pasar muchos más, largos años en los bordes de Europa, lejos de sus capitales y lejos de sus aparatos literarios, escribiendo como dicen hoy en Polonia, "para los cajones de escritorio". Miren el mapa. Sería difícil elegir mejor lugar que Buenos Aires. La Argentina es un país europeo. Uno siente allí la presencia de Europa, aún más fuertemente que en la propia Europa, pero al mismo tiempo uno está fuera de Europa y además, en aquel país ganadero no se aprecia la literatura.

Magia. Una casi preconcebida forma de vida. Cuanto más nos alejamos de la forma, más nos sometemos a su poder. Misteriosas contradicciones, contrastes...

GUERRA TOTAL Desembarcamos en Buenos Aires el 22 de agosto (el 2 es mi número) de 1939 (la suma de los dígitos es también 22) después de un tranquilo cruce que duró tres semanas. La situación internacional parecía mejorar. Pero el día siguiente a nuestro arribo los telegramas de Moscú y Berlín anunciando el pacto nazi-soviético cayeron en el mundo como un rayo. ¡Guerra! Una semana después las primeras bombas alemanas caían en Varsovia. Todavía vivía en el barco con mi amigo Straszewicz. Cuando escuchó que se había declarado la guerra, el capitán decidió regresar a Inglaterra (no había ya discusión alguna sobre si volver a Polonia). Straszewicz y yo tuvimos un concejo de guerra. El optó por Inglaterra. Yo permanecí en la Argentina.

En mi novela *Trans-Atlántico* recapitulé estos incidentes y me pinté en el papel de desertor. Pero no hubo una cuestión de deserción, puesto que Polonia había sido separada ya del resto del mundo. Me presenté inmediatamente ante la embajada polaca en Buenos Aires apenas dejé el barco. Más tarde, cuando un ejército polaco se estaba formando en Inglaterra, aparecí desnudo frente a la comisión de reclutamiento en la embajada. En pocas palabras, a nivel oficial, todo estaba en orden. Si aparezco como un desertor en *Trans-Atlántico* es porque, moralmente, era un desertor. Estaba angustiado, desesperado, pero al mismo tiempo complacido de encontrarme milagrosamente protegido detrás del océano.

Escribí algo sobre mis primeros años en la Argentina en mi *Diario* (volumen 1, capítulo 7). Doscientos dólares, toda mi fortuna, me duraron casi seis meses. La Argentina era increíblemente barata. Viví en hoteles de tercera categoría. Algunos polacos me ayudaron y empecé a escribir un poco para los periódicos, más que nada series de notas bajo seudónimo. Por algún tiempo nuestra embajada me dio un modesto subsidio. Pero eso no era suficiente; no sabía cómo sobreviviría el mes siguiente, y tuve que tomar prestados unos pesos para comer. Así siguió todo, a veces mejor, a veces peor, de acuerdo con las circunstancias, hasta 1947, para luego trabajar los siguientes siete años en el Banco Polaco. Fue muchísimo más aburrido. Pero el amargo, trágico, poético sabor de los primeros años dejó su marca en mí.

Apenas si puedo hablar de mis primeras experiencias en la Argentina, pero no puedo dejarlas afuera. Viví, como dije, en los hoteles más baratos, hasta en *conventillos*. ¡Yo, el Sr. Gombrowicz, me sumergí en la degradación con pasión! Luego, repentinamente, rejuvenecí, moral y físicamente. En las calles la gente me llamaba *joven*, como si no tuviera treinta y cinco años. Nunca fui tan poeta como entonces, en aquellas calurosas calles abarrotadas de gente, completamente perdido (perdido en el gentío, y perdido también en cuanto a mi destino). Enjambres de gente, multitudes, luces, barullo ensordecedor, olores y mi pobreza eran mi alegría; mi caída fue mi nuevo contrato de vida. Me dejé arrastrar sin hesitar, desprejuiciado, en esta Babel de lenguajes. Formé parte de ella. Y mis conocidos circunstanciales, con quienes trabé amistad con sorprendente facilidad (descubrí esta neutralidad en mí, en *mí* artificial, y se apareció como el más preciado tesoro, una piedad, un respiro, una liberación), me ayudaron como pudieron. Un día, caminando por la calle Corrientes, fijé mi mirada, prolongada, en una vidriera. (¡Qué horror para el Sr. Gombrowicz!). Le dije al muchacho que estaba conmigo que tenía hambre (¡Qué horror!). "No te preocupes", dijo. "Tengo un muerto. Habrá suficiente para los dos". Tomamos un tranvía y fuimos a los suburbios, a una casa en un barrio proletario donde, efectivamente, un hombre muerto yacía en su ataúd. No sé de qué nacionalidad sería, pero estaba cubierto de flores. Y su familia, amigos y conocidos aceptaban su partida en un silencio macabro. Después de decir nuestras oraciones pasamos al cuarto contiguo donde había un buffet para los participantes. ¡Sandwiches y vino! Mientras comíamos, mi amigo me dijo que por lo general buscaba muertos en aquel barrio, y que la mejor manera de obtener las direcciones era preguntando al sacristán.

Este "cadavérico" repaso, este joven y elegante consumo de un muerto, parece simbolizar ahora aquel período. Un festín cadavérico devorado con juvenil voracidad al que, a mi edad, no tenía más derecho. Después de todo, mi naturaleza no era otra que la diversión y los juegos pero los más sublimes, gloriosos juegos que pudiera jugar conmigo mismo. Gracias a este paradójico gusto por la descomposición que descubrí en mí, sobreviví triunfalmente la guerra y la pobreza. Y hoy no siento remordimiento por haber usado mi derrota, mi desgracia o la de mi familia –o, de hecho, la de la mitad del mundo– como puente hacia un amargo, condenado regocijo. No tenía derecho a hacerlo.



EN TANDIL, EN 1958. ABAJO: WITOLD Y RITA GOMBROWICZ, DURANTE EL CURSO DE FILOSOFÍA (1969)

Pero mantuve cierta prudencia burguesa y nunca me dejé entreverar en actividades más peligrosas. La *cana* me llevó en varias ocasiones, pero nunca por mucho tiempo, y casi siempre por culpa de mis amigos y no por crímenes que yo hubiera cometido.

Y luego, de repente, en el suplemento literario de *La Nación*, un artículo mío apareció en la primera página. Desde ese momento mi posición social en Morón se iluminó. Empezaron a tratarme con consideración.

La vida no era fácil. Me mantenía por catástrofes. Mi catástrofe, la catástrofe de Polonia, la catástrofe de Europa. Pero al mismo tiempo actuaba en otro, más elevado nivel.

Del capítulo IV de Witold Gombrowicz. Testament. *París, Belfond, 1968.* *Traducción: Ernesto Resnik. Hay edición española en Anagrama:* Testamento *(Barcelona, 1991).*

AURORA Y LOS PERRITOS

por Alejandro Russovich

A mediados de los años '40 Gombrowicz publicó una revista underground, de la cual desgraciadamente apareció un solo número que el autor de esta nota conserva como una especie de incunable, llamado Aurora, revista de la resistencia.

Aurora ... comienza con un manifiesto:

"Puesto que en la prensa literaria de la Superficie ya no se puede escribir, porque todo choca, nos vemos obligados a descender al subsuelo para hacer oír de vez en cuando la voz clandestina esta Revista. ¡Atención! ¡Mantened la santa llama de la resistencia! ¡Apoyad al tibio Comité de la Resistencia y al subterráneo, discreto y lento Movimiento de Renovación! Enviadnos cartas: Aurora, Junín 1381, 1º B. EL COMITE."

El primer anuncio publicitario dice: "Un perrito blanco lanudo, y bien alimentado".

Quiero reproducirlo más o menos extensamente, porque se trata de un escrito inédito de Gombrowicz, en donde se dan algunas claves de su relación con el mundo intelectual argentino, que de alguna manera reflejaba su actitud provocadora y distante respecto del mundo intelectual de Polonia. El artículo de fondo dice:

"¿Qué aspecto ofrece el campo de la literatura? ¿Sería de nuestra parte un exceso de atrevimiento decir que el campo, a pesar de tantos y tan excelsos talentos, resulta algo aburrido? Es verdad que todo funciona y se sabe que Borges publicará un nuevo libro de altos quilates. Capdevila un volumen de romances y Larreta una manzana. Pero no hay vida. Todos estos hombres no son hombres sino meras abstracciones o, mejor dicho, muy talentosas y capacitadas fábricas. ¿Acaso se puede exigir de Capdevila que sea Capdevila cuando Capdevila además de ser Capdevila es también Doctor y Profesor y Poeta y, por añadidura, redactor de La Prensa*? ¿Acaso Larreta puede ser Larreta, así como un diamante es sólo un diamante, cuando Larreta tiene que ser un monumento de clásica casticidad? Borges ya se ha vuelto demasiado borgiano y, frecuentemente, Barletta nos resulta demasiado Barletta.*

Todo esto es monótono. Es cosa rara hasta qué punto el pueblo no se parece a su literatura. ¿Cómo es que el pueblo se atreve a ser tan insolente? ¿Por qué la gente no es tan metafísicamente asiriobabilónica como Borges, monumentalmente castiza como Larreta, y orientalmente árabe como Capdevila? ¿Por qué al tonto pueblo le gusta la palabra directa y ágil, mientras su literatura a menudo se deleita con un Verbo ornamental, retórico, rebuscado y un tanto estéril? ¿Por qué será que un inculto vendedor de diarios se permite expresarse con más soberanía, originalidad y belleza que todas las revistas que venden junto con todas las personas cultas que las compran? Si esto sigue así habrá que formar otra Academia de Letras compuesta de analfabetos, porque no cabe duda de que son ellos los que hacen una literatura más vital. Pero si los incultos se expresan mejor que los cultos, si a medida que trepamos en la pirámide social tanto más se deja sentir una parálisis general, esto significa que algo anda mal en esta cultura.

Si en privado somos ingeniosos, creadores y llenos de chispa, mientras en público nuestra voz sufre un leve apagamiento, esto prueba que nuestro estilo público está por debajo de nuestro estilo privado. En casa somos vitales porque somos nosotros mismos, pero en público ocultamos nuestras verdaderas internas y nos convertimos en voceros de la Abstracción. Debemos, pues, comprender que nuestro estilo público es malo y como leones, tigres y águilas irrumpir sin timidez, ni miedo, ni cálculo, en este solemne recinto oficial que nos inspira demasiado respeto. ¡Así lo proclama el Comité de la Resistencia!"

EL TÁBANO

por Jorge Di Paola

¿Qué posteridad le es posible a un autor que se definió como la más pura negatividad? En Polonia es el escritor nacional acaso más evocado y considerado, el dueño de un estilo perfecto, el Borges náufrago de una guerra mundial y del régimen soviético, el hombre que fustigó a los polacos desde el otro lado del mundo. Quien legó sus invenciones y bromas a la resistencia antinazi, a la disputa con los stalinistas, a las iniciativas de los intelectuales de Solidaridad. Quien transformó la prosa polaca. Quien urdió una manera de relatar capaz de autodestruirse y recomenzar. También legó su enigma, los años de Argentina que produjeron su invisibilidad polaca. No podían reprocharle su ausencia porque les recordaba el voluntario exilio de Chopin, la tradición sármata de los grandes hombres haciendo la patria fuera de la patria. Pero más que todo para irritar, así como cada tanto llenaba días de su diario escribiendo: "Yo. Yo mismo. Yo solo. Yo". Un provocador por amor. ¿El último individualista?

Sus más de 25 años argentinos le hicieron detestar nuestra indolencia, y amar la inteligencia y soltura que, comprobó, nunca dura más de treinta años. Después caía la ignominia de la Forma, el rayo de la boludez, que "es peor que el cáncer".

En *Trans-Atlántico* (la novela de ese naufragio y de los comienzos en esta isla) relata y confiesa, convertido en caballero anacrónico, que no va a hacerse el héroe tradicional sármata volviendo a Inglaterra. "Hacia Polonia volvería, sí. Pero, hacia Inglaterra ¿con qué propósito? Yo me quedo acá. –Pero entonces serás declarado desertor."

Y en consecuencia una vida a la deriva, de la que ni siquiera hay rastros de los primeros cinco años. Sin idioma, sin dinero, algunos creen que se refugió en la marginalidad y el delito: Gombrowicz Escruchante, Carlitos Inmigrante. Pero en los primeros días mostró su hilacha de contradictor, con gran costo.

Conectado con Rodríguez Larreta, para conseguir un trabajo, disputó con él por unos muebles de estilo, que el europeo Gombrowicz había reconocido.

El Literato Opulento comentó que los Criollos ignoraban esas cosas, que eran Incultos, y el Conde sin Condado desenvainó esa triste tarde de su ironía, enfurecido por el desprecio a su pueblo que mostraba el millonario. "Es porque nosotros los nobles guardamos los muebles viejos en el desván." Adiós trabajo, adiós relaciones con la vida literaria argentina, adiós vida burguesa. Adiós, Larreta.

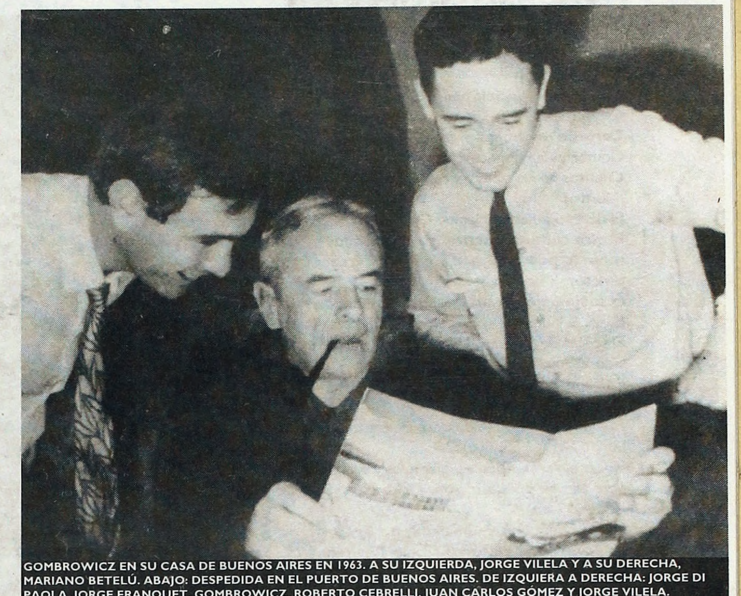
Pero eso tal vez sirvió para acelerar una forma de relación que más tarde o más temprano hubiera sucedido. El modo más bien complaciente de nuestra vida intelectual de esos años, empeorada en los actuales, donde poco antes Florida y Boedo habían sido una discusión de sobremesa del mismo banquete para el bélico paladar gombrowicziano.

Witoldo odiaba a los literatos y los ha diferenciado en su diario de los escritores. Los literatos son estetas, hablan de la forma y los estilos y jamás de lo que duele. Hablan de las últimas novedades pero nunca del hombre y de los problemas de estar en el mundo. Ellos están *à la page*, pero no con su prójimo.

Para él los estilos eran estilos de ser, maneras de relacionarse con los otros, luchas de reconocimiento, formas de la sociedad, modos de hacer la guerra y la paz, maneras de casarse y de morir. Los ritos: Enrique, en *El casamiento*, rompe con el Tercero que es el Estado, El padre, o Dios mismo, y se otorga el matrimonio. En *Ferdydurke* un hombre es infantilizado. Nadie es auténtico, todos son creados por la Forma, la cosa terrible que nos modela desde el exterior de nosotros mismos.

Él desembarcó sin tropas, tan solo con la convicción de la lucha cultural y la consideración de la literatura como un modo de entender y proponer los problemas. Tenía algo nunca visto entre los avestruces, la noción de que la literatura es más bien algo por lo que se paga y no algo por lo que se cobra. Noción acaso derivada de la tradición religiosa que fundó Polonia, que convierte a un autor en un Apóstol y en un Maestro. En alguien que da un testimonio y un ejemplo, porque de lo contrario no puede predicar.

Su negatividad se manifestó rechazando por igual nociones e ideas del cristianismo y del comunismo, discusión temprana para el año 57, año de oro para la Guerra Fría, que militarizó hasta la metáfora: al comunista le dice: "¿Por qué vosotros ateos adoráis las ideas? ¿Por qué no adoráis a los hombres?". Pero no se conforma: "Estoy entre dos fuegos, entre estas dos torturas de las cuales una es divina y otra es atea. Pero ambas claman: luchar por el mundo, luchar por salvar el mundo. Me falta aire aquí arriba, entre Cortés (el comunista) y la cruz. Es trágico (...) que siempre aparezca la misma religión absoluta, extrema, universal, esta matemática de la Omnijusticia, esta Omnipureza".



GOMBROWICZ EN SU CASA DE BUENOS AIRES EN 1963. A SU IZQUIERDA, JORGE VILELA Y A SU DERECHA, MARIANO BETELÚ. ABAJO: DESPEDIDA EN EL PUERTO DE BUENOS AIRES. DE IZQUIERA A DERECHA: JORGE DI PAOLA, JORGE FRANQUET, GOMBROWICZ, ROBERTO CEBRELLI, JUAN CARLOS GÓMEZ Y JORGE VILELA.

Witoldo sabía que, como el escorpión, no podía con su carácter, y por lo tanto no tenía reproches que hacer. Se fue enamorado de Argentina y nervioso como un chico ante el monstruo de una Europa-Fénix resurgida de sus cenizas y casi por completo diferente de la que había conocido. Acá escribió tres de sus cinco novelas, dos de sus obras teatrales, artículos como "Contra los poetas" y –acaso, por sobre todo– su inmenso *Diario*, donde todas las ideas veneradas en Occidente fueron revisadas y contrastadas y muy frecuentemente atacadas y derrotadas moralmente. Muchas veces fue profético en sus páginas: en el '57 conjeturó que sus ideas llevarían a Roberto Santucho a ser un soldado de la revolución armada, y "escribir con sangre lo que no podía escribir con tinta". De "este soldado nato, hecho para la trinchera, para el fusil" recibió una bofetada cuando fue a visitarlo a la pensión con la intención de disuadirlo de lo que Roby todavía no sabía que llegaría a ser.

En el '68 opinó que el comunismo soviético no duraría más de veinte años y que se colapsaría porque lo guiaban ideas incorrectas sobre la naturaleza humana. Eran cuestiones filosóficas y no de propiedad las que lo oponían a los rusos. Prefiguró hasta el plazo que culminó quebrando el Muro de Berlín.

Este exiliado perpetuo, involuntario, acaso exiliado de todas las ideas y estéticas convencionales, tiene en la Argentina el destino de los que no se mandan la parte. Reverenciado por casi toda la generación posborgeana, desde Ricardo Piglia, pasando por Germán García y Fogwill hasta Juan José Saer, y tantos más, sus libros casi no se encuentran en ninguna librería y *La Nación* lo recuerda en una nota de Odille Barón sobre todo porque pasaba hambre, donde el muerto de hambre ya es un Mito y una dietética Leyenda, que inadvertidamente previene a quien no pacte con nuestras módicas leyendas nacionales su lugar en el mundo.♣

Estoy leyendo esta revista porque de alguna manera la redactamos en colaboración. El castellano de Gombrowicz entonces no era tan correcto, y algunas de las frases o de las ideas de esta revistita las discutimos, y especialmente los anuncios. Muchas de las noticias del mundo intelectual porteño las tenía Gombrowicz a través mío, y sobre todo a través del poeta Mastronardi, que formaba parte del círculo de la revista *Sur*.

"La piadosa Florencia. A nosotros Francia nos encanta; palabra ¡nos gusta París! Pero ya no podemos soportar ese eterno culto a la Madurez ajena cuyos sacrílegos ritos nos colocan siempre de rodillas. Antes de cruzar las espaldas con la Suma Sacerdotisa del culto inmaduro de la Madurez, Victoria Ocampo, que nos sea permitido tributarle un cortés saludo. Victoria Ocampo es inteligente y tiene personalidad ¡Viva Victoria Ocampo!

Empero esta poderosa Dama Mundana, esta alma violenta y apasionada, bañada en ignotas infinitas soberbias, indescriptibles y sangrientos lujos del Medioevo Suramericano, por un indescriptible Misterio de su iglesia interna se convierte en una niña temblorosa cuando se enfrenta con la que ella misma llama 'Valery y Francia'. ¡Muera Victoria Ocampo! Vedla cómo se esquiva, se aniquila, se inmaduriza ante Valéry. 'Qué emoción la de ver tantos nombres conocidos delante de los platos aún vacíos. ¡Qué oportunidad inaudita para una suramericana –cactus en maceta– que cree en la literatura religiosamente'. `Yo veía en él el más perfecto símbolo de Europa, de su preeminencia, de su cultura, de su hechizo, de su calidad, de su exactitud soberana'. En vano se defiende: 'Nunca sabrá él todas las energías que yo desplegaba para resistir el poderoso soplo ...'. Y toma todo muy a lo trágico: 'sSu cortesía con las mujeres me daba vértigo'."

Sigue un anuncio que dice: "Se busca perro grande para achicarlo".

"¿Es éste, pues, el tono de una Ocampo y, más aún, de una Victoria Ocampo, ante uno de los innumerables genios franceses? Pero chiquilla, aunque no fueses Victoria sino la más humilde y más inmadura de las hermosas hijas de esta tierra, no te conviene arrodillarte ante nadie fuera de Nuestro Señor Jesucristo. Levántate y mira a tu alrededor con más serenidad. Ese asunto de la inmadurez y de la madurez europea está ya muy gastado. Ni América es tan inmadura, ni Europa es tan madura. El que quiere conseguir la soberanía espiritual frente a las personas y culturas mayores debe comprender primero: que los mayores también son inmaduros aunque en distinto plano: segundo, que nos conviene apoyarnos firmemente sobre nuestra propia realidad. Sobre estas dos verdades, como sobre dos pilares, se basará de ahora en adelante la política intercontinental de nuestro discreto pero eficaz Comité de Resistencia."

Se anuncia: "Un perro lindo y grande con cachorros y dos perras". Después de otro anuncio: "Dos perros bien alimentados en estado de descomposición", viene la palabra final.

"PALABRA FINAL: Si has perdido la sensibilidad para las verdades frescas y sencillas, si te falta el sentido del humor y de la poesía y no sabes divertirte con los perros como un niño, no leas, te lo rogamos, nuestra Revista. Pero a lo mejor también se te escapa la profunda seriedad de esta bella Aurora *que sólo finge ser ingenua... por ser muy pequeña... Hazla crecer y verás entonces con qué ímpetu (tibio y discreto) se abalanzará sobre tus demonios. No digas que éstas son macanas, metiéndote el dedo en la nariz con aire de superioridad y suficiencia. Tienes que saber que el Comité mandó a pasear su inteligente perrita para palpar el ambiente y comprobar cómo vas a reaccionar frente a un Espíritu bienhechor y nuevo. Sólo por casualidad y por gusto hemos empezado con París y Victoria Ocampo, pues del mismo modo podríamos empezar con Barletta y su Teatro del Pueblo. Debes leer en estas dos páginas más de lo que está escrito... y tratar de reconstruir el esqueleto de nuestro perro a base de este hueso que te regalamos."*♣

Tomado de Russovich, Alejandro. "Quién es Witold Gombrowicz" en Abraham, Tomás. Vidas filosóficas. *Buenos Aires, Eudeba, 1999.*



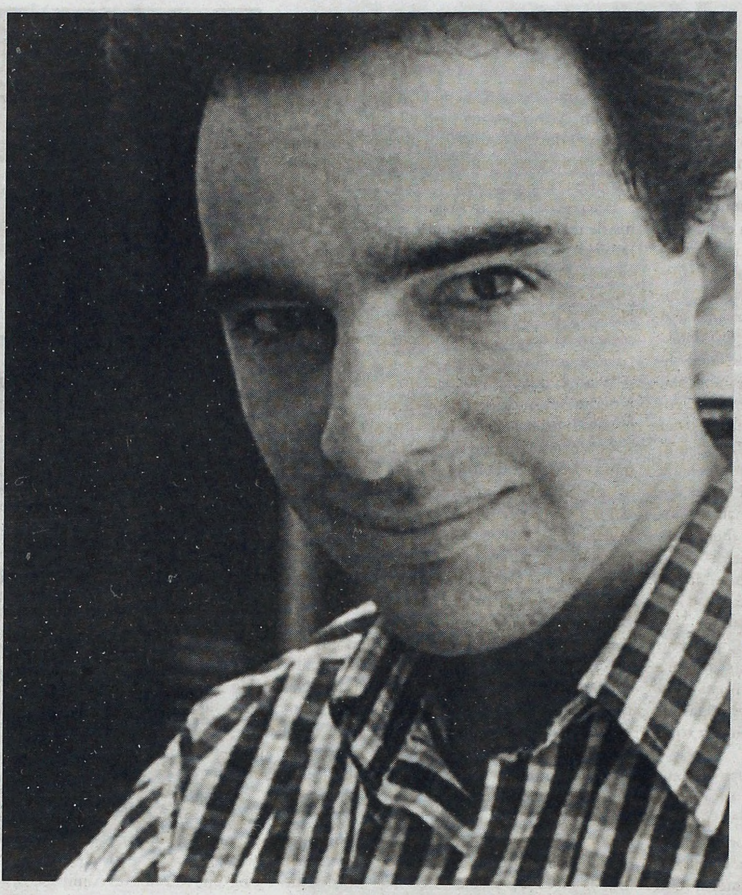
JUNTÁ LA PLATA

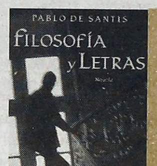
Algunos títulos que se vienen en julio

Biografía de Ana Frank, Caron Ann Lee (Plaza & Janés)
Borges, una enciclopedia, Daniel Balderston, Nicolás Helft, Gastón Gallo (Norma)
Cartas a un amigo argentino, Witold Gombrowicz (Emecé)
Cuentos de los años felices, Osvaldo Soriano (Norma)
El décimo infierno, Mempo Giardinelli (Planeta)
El giro cultural. Escritos seleccionados sobre lo posmoderno. 1983-1998, Frederic Jameson (Manantial)
El suelo bajo sus pies, Salman Rushdie (Plaza & Janés)
El teatro de los lirios. Una juventud en China, Lulu Wang (Tusquets)
Enrique Pezzoni, Lector de Borges, Annick Louis (Sudamericana)
Es más de lo que puedo decir de cierta gente, Lorrie Moore (Emecé)
Hacer el verso. Apuntes, ejemplos y prácticas para escribir poesía, Marcelo Di Marco (Sudamericana)
Hotel Edén, Luis Gusmán (Norma)
La gastritis de Platón, Antonio Tabucchi (Anagrama)
La televisión, Jean–Philippe Toussaint (Anagrama)
Los intelectuales y el poder, Pierre Bourdieu (Eudeba)
Los judíos. De Abraham a Woody Allen, Arthur Hertzberg y Aron Hirt–Manheimer (Sudamericana)
Palabras a destiempo, Nicolás Casullo (Eudeba)
Placeres culpables, Lawrence Sanders (Emecé)
Plan revolucionario de operaciones, Mariano Moreno. Prólogo de Martín Caparrós (Perfil)
Testimonios sobre Mariana, Elena Garro (Grijalbo–Mondadori)

El juego de los cautos

***FILOSOFÍA Y LETRAS* ENCUENTRA EN LOS RIGORES DEL GÉNERO POLICIAL EL SOPORTE PARA UN RELATO ÁGIL.**





FILOSOFÍA Y LETRAS
Pablo de Santis
Planeta
Buenos Aires, 1999
208 págs. $ 14

por Laura Isola

Desempeñarse como crítico literario, profesor de la universidad o secretario de un instituto de investigaciones nunca fue una tarea que implicara riesgo de muerte. En condiciones normales, las aventuras del conocimiento se enfrentan no tanto con el vértigo del crimen sino con el tedio, la incomprensión o el hambre. Se ha acusado a los traductores de traidores, a los críticos de escritores fracasados y los bibliotecarios de malhumorados y tristes, pero nunca de asesinos.

Estas reflexiones sirven más como presentación de *filosofía y Letras*, la última novela de Pablo De Santis (publicada en Barcelona en 1998), que como chiste. Ya desde el título se abren, al menos, dos caminos: tanto la referencia directa a la Academia –apenas metaforizado, el lugar en el que los hechos transcurren es el anexo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires situado en el 217 de la calle 25 de Mayo– como a la filosofía y las letras en tanto disciplinas que intentan captar el instante que se escurre en el devenir temporal.

Es en ese derruido edificio donde Esteban Miró, el narrador, comienza su trabajo de asistente a las órdenes del profesor Conde. Miró es un estudiante de Letras que mata su tiempo en una biblioteca que nadie consulta y que sufre permanentes problemas edilicios. Conde es el supuesto exégeta de un autor famoso aun en el desconocimiento que de su obra se tiene, Homero Brocca, cuya obra consiste en versiones infinitas de un único cuento.

Conde y Miró persiguen el fantasma de miles de hojas perdidas. Narrada como un policial, la trama se complica alrededor de la búsqueda de los inéditos e inhallables manuscritos de Brocca. En la pesquisa comienzan a intervenir, además de Miró, inexpertos críticos literarios –la profesora Granados, el profesor Novario y Trejo, un patético profesor de una simpática disciplina, la Ciencia de los Indicios (pseudociencia derivada de la lógica y especializada en buscar cosas perdidas en los claustros universitarios). "Quería convertir en filosofía la tendencia a buscar la verdad en los detalles irrelevantes. Yo armo con los indicios un museo. Reúno pruebas, pero no las examino individualmente hasta que tengo suficientes como para armar mi museo": tal el método de Trejo, que le permitió resolver, por ejemplo, la desaparición de veinte máquinas de escribir del sótano de la facultad, o que aplicará para resolver la rotura de la mulita del museo de antropología.

La novela se construye ladrillo por ladrillo a medida que el edificio de la facultad, en el que se desarrollan los hechos, se derrumba –en su lugar quedan los cadáveres de los buscadores de Brocca. Con la solidez que le dan a toda edificación los cimientos bien construidos, el narrador va diseñando personajes y situaciones como un ingenioso arquitecto que dibuja planos. *filosofía y Letras* es un edificio que encuentra en los rigores del género policial –se respetan las duras leyes que rigen a detective, asesino, enigma y suspenso– el soporte para construir un relato ágil y bien narrado. De paso, también se cuentan otras cosas que están escondidas en el cuarto piso de la facultad, un lugar infestado de papeles y de mugre, de sombras grises de serenos e intendentes de mantenimiento y de cuadernos de tapas azules llenos de páginas vacías. En este lugar de *condiciones inmejorables* viven la filosofía y las letras. Es en el cuarto piso, finalmente, donde se vislumbra la posibilidad de un aleph, un tanto degradado y corroído por los problemas de plomería, que espera a alguien que arriesgue su vida para descubrirlo.♣

Elogio de la distancia



LOS PLANETAS
Sergio Chejfec
Alfaguara
Buenos Aires, 1999
240 págs. $ 15

por Alan Pauls

Hace muchos años (Menem era un caudillo rural, desear todavía era útil), dos escritores argentinos "de la nueva generación" aprovecharon la ligera amistad que empezaba a unirlos para intercambiar diagnósticos sobre sus respectivos apellidos. Eran Sergio Chejfec y Luis Chitarroni. Chejfec sostenía que "Chitarroni" era un nombre perfecto para una tipografía. "Chitarroni cuerpo 14", ilustraba. Chitarroni, para vengarse, decidió usar "Chejfec" para bautizar la moneda que circularía en la remota ciudad del relato que estaba escribiendo. Las cosas, en Trichinópolis, se cotizarían en chejfecs.

El tiempo pasó. Chitarroni publicó *El carapálida* y no fue una tipografía. Chejfec se fue del país y publicó *Lenta biografía*, *Moral*, *El aire*, *Cinco*, *El llamado de la especie*, y cada libro fue identificándolo con el destino numismático pronosticado por Chitarroni. Se convirtió en una moneda rara, excéntrica, una de esas monedas que parecen existir sólo para contradecir la "función moneda": para probar que hay cosas, al menos en la economía de la literatura, que no pueden intercambiarse con ninguna otra. Cosas –libros– "únicas". Ahora Chejfec acaba de publicar su última cosa única. Se llama *Los planetas* y es una novela.

¿De dónde llega *Los planetas*? De lejos, sin duda. No exactamente de Caracas, donde Chejfec vive hace casi una década en estado, digamos, de "reclusión tropical". En el 90, en el dorso de una postal con una guacamaya (uno de esos cromáticos pájaros venezolanos que parecen un catálogo de Benetton), escribía: "Acá el nivel de ruido es como un cross a las orejas: sapos, pájaros, bichos, música. Encima los caraqueños no paran nunca de hablar". Ahora, de visita en Buenos Aires, Chejfec dice: "No hago nada para publicar en Venezuela. Vivo allá y mis libros salen acá. Allá casi no me conocen; mis libros se consiguen en una sola librería. Llevo una existencia secreta. Venezuela es un país muy apropiado para eso: todo el mundo es secreto". Aunque, pensándolo bien, tal vez sí; tal vez *Los planetas* venga de allá: no de Caracas sino de la experiencia singular, mezcla de ventriloquía y de espiritismo, que consiste en tener el cuerpo en un lugar y las palabras en otro.

Hasta ahora Chejfec jamás había coincidido físicamente con la aparición de sus libros en Buenos Aires. Con *Los planetas* es la primera vez. ¿Azar o necesidad? La novela ofrece alguna pista sobre el asunto. *Los planetas*, para decirlo de un modo brutal, es la biografía de un desaparecido. Es decir: alguien de quien el narrador, que fue su amigo de infancia, tiene recuerdos, imágenes, sonidos, pero alguien cuyo cuerpo falta y seguirá faltando siempre. De ahí, insistente y sigilosa, la pregunta que recorre el libro: ¿a qué distancia estamos de ese cuerpo? "Hace unos días, como hago siempre cuando estoy de visita", dice Chejfec, "hice una recorrida de cementerios. A visitar tumbas de parientes. Es raro, porque es al mismo tiempo algo ceremonioso y muy banal. Cumplís con un rito que te hace sentir mejor, pero frente a la tumba hay muy poco que hacer. Sobre todo para gente como yo, un poco esquiva a las exteriorizaciones emocionales. Pero lo que me impresionó fue después, esa misma noche: notar esa extraña contigüidad, el hecho de que mi viejo, mi abuela, Charlie [Feiling] están en la misma ciudad, a quince minutos de donde uno sigue viviendo... Por eso es tan particular la experiencia de tener un ser querido muerto cuyo cuerpo no sabés dónde está".


LA NOVELA DE CHEJFEC TAMBIÉN SE LEE COMO UN ENSAYO DE RETROSPECCIÓN POLÍTICA.

Buena parte del material de *Los planetas* es autobiográfica. El amigo muerto de Chejfec se llamaba Daniel, flotaba en alguna de las "órbitas" de la JP ("había tantas que era difícil no estar en la JP"), desapareció en 1976. Su nombre nunca apareció en ninguna lista; la familia, incapaz de reaccionar, literalmente lo borró del horizonte. Pero "biográfico", en Chejfec, está muy lejos de "testimonial", una categoría que toma con todas las pinzas que encuentra: "Ya cuando escribía la novela, en 1993, tenía claro que me interesaba más bien la reconstrucción emocional, incluso moral, de la experiencia del pasado. Por eso adelgacé tanto el costado testimonial del libro. Que quedó, por otra parte, porque cuando terminé de escribirlo, en el '94, todavía no había la proliferación de documentos que empezaron a aparecer enseguida después. Para mí, el registro de la novela lo da el epígrafe: 'De todos los países invisibles, el presente es el más extenso'. Siempre la pensé como una continuación de *Lenta biografía*: una manera oblicua, sinuosa, de continuar escribiendo sobre mi propia vida".

Si hay en *Los planetas* alguna veleidad cósmica, es obvio que lo que le importa a Chejfec no son tanto los astros en sí, lo que son o el brillo que despiden, como la distancia que hay entre ellos, el nivel de proximidad o de lejanía en que los colocan sus respectivas trayectorias, la posibilidad –siempre inminente– de que puedan cruzarse, chocar y sobre todo perderse de vista para siempre. La distancia puede ser una divisa personal del forastero en el que Chejfec se ha convertido ("Ahora, en Buenos Aires, extraño estar afuera: tal vez no tanto mi lugar en Caracas como la distancia que hay entre Caracas y Buenos Aires"), pero sin duda es la clave de *Los planetas*, una novela obsesionada por todo lo que hay entre las vidas, los tiempos, los lugares. Encarnizándose de nuevo con los procesos que más se resisten a ser escritos, Chejfec parece descubrir la aventura, toda la potencia trágica que hay en algo tan abstracto como un intervalo. Recordar (el narrador a su amigo muerto), caminar (desde *Glosa*, de Juan José Saer, que no se caminaba tanto en una novela argentina) y narrar (el pequeño ejército de fábulas jasídicas que hormiguean en el libro) son las tres actividades favoritas de *Los planetas*. ¿Qué son las tres si no tentativas de recorrer, abolir o inventar distancias? A su manera irregular, enrarecida por el lirismo bizarro de su autor, la novela de Chejfec también se lee como un ensayo de retrospección política. "Hay algo insoportable y es la distancia": el lema podría haber flameado dignamente sobre el entusiasmo, el fervor y la violencia política de los años '70. Como los demás libros de Chejfec, *Los planetas*, que es también una perturbadora confesión literaria (alguien cuenta cómo se hace escritor gracias a la muerte de otro, y la novela que escribe prueba que el otro vivió), retoma la deuda que la literatura y la política tienen con la distancia, menos para saldarla que para profundizarla una y otra vez, incansablemente.♣



NOTICIAS DEL MUNDO

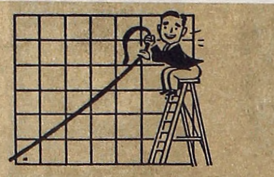
Los esposos Mario Paoletti y Pilar Bravo publicarán *Borges verbal*, un libro que recopila anécdotas sobre el autor y un diccionario de "borgerías", pequeños aforismos y comentarios expresados por Borges en diferentes medios. El libro será publicado simultáneamente en España y la Argentina este mes de agosto. Algunas "borgerías" del libro: "Gardel y yo tenemos algo en común: a ninguno de los dos nos gusta el tango". "El infierno y el paraíso me parecen desproporcionados. Los actos de los hombres no merecen tanto". "Yo siempre seré el futuro Nobel. Debe ser una tradición escandinava".

Este año, la Casa de América de Madrid ha dedicado *La semana del escritor* a la periodista, novelista y poeta Angeles Mastretta (foto), nacida en la ciudad mexicana de Puebla, en 1949. La escritora, que es la única mujer que recibió el Premio Rómulo Gallegos (1997) estuvo entre los escritores más vendidos en la última Feria del Libro en Madrid.

Alexander Zinoviev, el escritor y catedrático de filosofía, ha vuelto a su patria, Rusia, tras años de exilio en Alemania. Zinoviev fue expulsado de su país y despojado de su nacionalidad en 1978. "Quiero estar junto a los rusos para luchar contra los enemigos del país. No quiero que Rusia se convierta en una colonia de Occidente", afirmó Zinoviev, que pretende ayudar a sus compatriotas a "comprender el mundo contemporáneo".

Ha vuelto el escritor belga Alain Toussaint (1957), que durante un tiempo se dedicó a la realización de películas. Su nueva novela, *La televisión*, "quiere ofrecer una visión negativa de la influencia que ejerce el medio sobre nuestras vidas". La novela está protagonizada por un intelectual que se encuentra en Berlín, becado para escribir un ensayo sobre Tiziano, y que abruptamente decide dejar de mirar la televisión, porque, afirma Toussaint, "tenía que ser una decisión como dejar de fumar... con la diferencia de que en las farmacias no hay píldoras para dejar de ver la televisión".

Falleció a los 81 años el editor mexicano Joaquín Díez Canedo, "el último Quijote editorial del país". Editó más de 700 títulos de 152 autores y jugó un papel fundamental en el boom de la literatura latinoamericana con su sello Joaquín Mortiz. Fue, también, editor del FCE.



BOCA DE URNA

Los libros más vendidos del mes

Ficción

1. Verónica decide morir
Paulo Coelho
(Planeta, $ 16)

2. El libro del fantasma
Alejandro Dolina
(Colihue, $ 19)

3. El Alquimista
Paulo Coelho
(Planeta, $ 14)

4. El testamento
John Grisham
(Ediciones B, $ 22)

5. Hija de la fortuna
Isabel Allende
(Sudamericana, $ 21)

6. Buzón de tiempo
Mario Benedetti
(Planeta, $ 17)

7. El caballero de la armadura oxidada
Robert Fischer
(Obelisco, $ 9.50)

8. El Evangelio según Van Hutten
Abelardo Castillo
(Seix Barral, $ 16)

9. El profundo Sur
Andrés Rivera
(Alfaguara, $ 13)

10. El fantasma
Danielle Steele
(Sudamericana, $ 16)

No ficción

1. El sueño argentino
Tomas Eloy Martínez
(Planeta, $ 20)

2. De la autoestima al egoísmo
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 17)

3. Antes del fin
Ernesto Sabato
(Planeta, $ 15)

4. Patas arriba
Eduardo Galeano
(Catálogos, $ 20)

5. Autobiografía
Jorge Luis Borges
(El Ateneo, $ 19)

6. En qué creen los que no creen
Umberto Eco, Carlo María Martini
(Planeta, $ 15)

7. Las condiciones culturales del desarrollo económico
Mariano Grondona
(Ariel, $ 24)

8. Mi testamento filosófico
Jean Quiton
(Sudamericana, $ 15)

9. Imposturas intelectuales
Alan Sokal y Jean Bricmont
(Paidós, $ 27)

10. El libro negro de la justicia chilena
Alejandra Matus
(Planeta, $ 17)

Librerías consultadas
Boutique del libro (Adrogué), Librerías Fausto, Fray Mocho (Mar del Plata), Hernández, Homo Sapiens (Rosario), Laborde (Rosario), Logos (Neuquén), El Monje (Quilmes), Norte, Pampa (Santa Rosa), Plural (Salta), Rayuela (La Plata), Rayuela (Mendoza), Ross (Rosario), Librerías Santa Fe, Tomás Pardo, Técnica (Córdoba), Librerías Yenny y El Ateneo. No se tuvieron en cuentas las ventas en kioscos y supermercados.

Like a rolling stone



HACIA EL COMIENZO (RELATOS COMPLETOS, I)
Dylan Thomas
Mondadori, Barcelona, 1998
181 páginas, $ 16

por Santiago Llach

En 1953, cuando –a los 39 años, en un hotel de Nueva York– tomó whisky hasta morir, Dylan Thomas reinventó una tradición que en las décadas siguientes sería visitada una y otra vez, en el arte y en la vida, por los habitués de un género muy popular entre los jóvenes, y entonces aún en germen: el rock. No por nada, el autor de "Like a rolling stone" se apropió del nombre de Thomas para darse a sí mismo un nuevo apellido. Tal vez por todo esto, y por su capacidad extraordinaria para leer poemas en voz alta (ver *town.hall.org/radio/HarperAudio/020894_harp_ITH.html*), Dylan Thomas rehabilitó la figura del poeta popular. Pero, sobreimpresa a su leyenda heroica, la trama de un lenguaje eufórico, hermético, coloquial y muy pegado a su cuerpo también abreva en las fuentes del romanticismo y el simbolismo, y tiende sus puentes hacia el rock. "Una llama le tocó la lengua" bien podría ser un verso de los Doors.

La lectura de las cartas de Dylan Thomas que De la Flor publicó hace unos años son el mejor prólogo para leer este libro, y este libro puede ser leído, a su vez, como un buen prólogo para los poemas del galés –sin duda lo mejor de su producción escrita–. *Hacia el comienzo* reúne los cuentos que Thomas escribió a lo largo de la década del treinta. En ese entonces, empezó a soportar el asedio de la pobreza adulta que lo acompañaría hasta siempre. Para combatirla, intentaba venderles sus relatos y poemas a princesas y editores, antes de escribirlos a las apuradas. "Quiero sacar algo de este lío", le comenta a un amigo refiriéndose a la guerra. Sentimientos vergonzantes como éste, y sus caóticas ideas sociales, atraídas por el fascismo, contribuyeron a parir su literatura.



DYLAN THOMAS MOLDEA A GOLPES DE VIDA E IMAGINACIÓN SU EJERCICIO DE LA LITERATURA.

Aunque la edición de Mondadori, curiosamente, apenas lo insinúa, algunos de estos relatos soportaron el rechazo moraloide de un editor temeroso y sólo fueron publicados póstumamente. La doble marca de la censura y la escasez afecta a estos cuentos. Si en el posterior *Portrait of the artist as a young dog* se lee su prosa de "madurez", con la que revisita los tormentos del crecimiento leyendo a su manera a Joyce, y *Adventures in the skin trade* es su gran proyecto trunco, un fragmento de novela con la lógica irreverente de Boris Vian, estos relatos dispersos e iniciales son el campo de ensayo donde Thomas afila su lengua. La palabra, libre del rigor del verso, se extiende regocijada en una superficie irregular, legible a los saltos, por momentos de verdad enmarañada, inaccesible.

El imaginario y el estilo de Thomas lo ubican en un lugar muy personal y extraño en el campo de la literatura –sobre todo la poesía– escrita en inglés en este siglo. Dos elementos en tensión configuran su habla: un discurrir asociativo, con reminiscencias de lógica surrealista –aunque el propio autor las combatiera–, cargado de imágenes crípticas y citas bíblicas leídas a través del folklore galés, y, en el extremo contrario, una limpidez narrativa asombrosa, una contundencia brutal para el detalle funcional ("parece un compositor ruso"), fuera de lugar en ese fárrago discursivo experimental. En escenarios campestres –donde la naturaleza aporta su rumor barroco al paisaje–, brujas, curas y locos obturan los límites de la conducta humana, se muestran crueles y alienados y comprueban, siempre, con los ojos inyectados en sangre, que la experiencia es la única forma de conocimiento. En esa búsqueda poderosa de la frontera, siempre atiborrada de presión moral y de incorrección política, Dylan Thomas moldea a golpes de vida e imaginación su ejercicio de la literatura.♣

PASTILLAS RENOMÉ

por Martín Pérez



VÍCTOR JARA, UN CANTO TRUNCADO
Joan Jara
trad. Margarita Cavándoli
Ediciones B
Barcelona, 1999
404 págs. $ 22

"Es un alivio narrar por fin esta historia serenamente, a mi manera, en lugar de responder sólo a imprevistas preguntas", escribe Joan Jara en el prólogo de sus didácticas memorias, que recorren no sólo la vida y obra de su esposo Víctor, sino también la historia del Chile que desembocó en el gobierno de Allende. Escrito originalmente en inglés, "Un canto truncado" es un libro fundamental para repasar verdad y leyenda del cantante popular asesinado por la dictadura de Pinochet, así como para presentarle al mundo los fundamentos de la Unidad Popular. Nacida en el Londres de posguerra, y transplantada a Santiago como mujer de un director de danza al comenzar la década del 50, Joan Jara cuenta su encuentro con su alumno Víctor, cómo éste se convierte en su pareja, cómo alcanza el éxito como director de teatro y, finalmente, cómo circunstancias y convicciones lo empujan a ser un cantante popular. Esta coqueta edición en tapa dura incluye un flamante epílogo que recapitula lo sucedido en Chile entre 1983 (año en que se publicó por primera vez el libro) y 1998, con particular énfasis en el proceso iniciado contra Pinochet en Londres.



PAUL MC CARTNEY: HACE MUCHOS AÑOS
Barry Miles
trad. Rosa Corgatelli
Emecé
Buenos Aires, 1999
678 págs. $ 30

Hace ya bastante tiempo que Paul Mc Cartney está en campaña para dejar de ser considerado el careta de Los Beatles. El revisionismo comenzó justo después de esa canonización de Lennon llamada Imagine. El primer paso fue aquella gira mundial la que lo trajo a Buenos Aires en la que Paul se volvió a asumir sin culpas como un Beatle, siguió a todo trapo con el proyecto Anthology, y tiene su punto culminante en este libro, que no es otra cosa que el evangelio beatle según San Paul. Primera buena noticia: Hace muchos años es todo Beatles y John Lennon. Quien quiera leer sobre Wings y demás deberá buscar en otro lado. Y segunda buena noticia: Hace muchos años está tan lleno de (buenos) recuerdos, fascinantes revelaciones y apasionantes descripciones (Liverpool, Hamburgo y el Swinging London) como para revelarse como un libro imprescindible para completar el retrato de los Fab Four. Esta memoria cuasiautobiográfica de Mc Cartney construye con estilo su imagen del único Beatle soltero en Londres al explotar la Beatlemanía, y permite asomarse de primera mano a su primer encuentro con Lennon, los momentos de creación y su versión de la ruptura.



LOS COMMITMENTS
Roddy Doyle
trad. Juan Fernando Merino
Norma
Bogotá, 1999
210 págs. $ 20

"Los irlandeses somos los negros de Europa; los dublineses somos los negros de Irlanda, y los dublineses del norte somos los negros de Dublín. Así que hay que decirlo a todo pulmón: soy negro y estoy orgulloso de serlo", dice Jimmy, el manager del primer grupo soul de la tan rubia y pelirroja Irlanda apenas comenzado el libro de Roddy Doyle, traducido al castellano con doce años de atraso. Fuente de inspiración para la que tal vez sea la mejor película musical del tan musical Alan Parker, el libro de Doyle consigue el milagro de poner por escrito todo el entusiasmo que despierta una buena canción (algo que tal vez haya igualado sólo Nick Hornby en el fundamental Alta fidelidad). El gran problema no es la gran difusión de la película (de hecho, el libro termina de manera muy diferente...¡y mucho mejor) sino la traducción al bogotano del slang dublinés. Si para leer a Bukowski en Anagrama hay que soportar todos los tics del slang madrileño, las traducciones de Doyle en Norma están condenadas a otra clase de tics. Y cuando, pese a todos los esfuerzos del traductor, queda claro que apenas si sabe de música, el asunto realmente se complica.

Le gusta el mambo



LOS CUENTOS DE BARBARROJA
Jorge Timossi
Colihue
Buenos Aires, 1999
176 págs. $ 12

por Lilia Ferreyra

"Era impresionante cómo ese muchacho pelirrojo y pecoso bailaba mambo: suelto, flexible, el cuerpo entero en un único y acompasado ritmo. Lo detecté enseguida porque para una bailarina como yo era todo un espectáculo. El estaba bailando en el Latinorama del gimnasio de la Casa de Estudios Internacional, de Nueva York". Era una noche de Halloween de mediados de la década del 50. Pocos años más tarde, ese joven cubano con ritmo de mambo en el cuerpo subió a la Sierra Maestra para incorporarse a la guerrilla que lideraba Fidel Castro contra el dictador Fulgencio Batista. Se llamaba Manuel Piñeiro Losada y fue el legendario Comandante Barbarroja, jefe de los servicios de inteligencia de Cuba y uno de los protagonistas menos conocido de la historia cubana y latinoamericana de las últimas décadas. Como una paradoja, Piñeiro Losada murió en marzo del '98 en un accidente automovilístico en las calles de La Habana. Una muerte urbana, casi convencional, para alguien que tensó su vida más allá de todo riesgo. Tenía 65 años.

Aunque hay quienes afirman que lo más importante de la vida de Manuel Piñeiro es lo que no puede contarse, *Los cuentos de Barbarroja* del periodista argentino-cubano Jorge Timossi es un libro de anécdotas y testimonios van esfumando los previsibles velos que cubrieron la vida privada de este hombre, cuya responsabilidad al frente de organismos de inteligencia le impuso las reglas de una función basada en la sagacidad, la discreción y el secreto.

Las cartas de su hija Camila y de su segunda mujer, la escritora chilena Marta Harnecker, y los testimonios de amigos y compañeros van bocetando el perfil del militante político en el que resaltan los puntos de contacto con las generaciones latinoamericanas que en las décadas del 60 y el 70 comprometieron su vida individual en la lucha revolucionaria. En el caso de Piñeiro como combatiente cubano, esa trayectoria siguió un cauce histórico que desembocó en la toma del poder. En esta dimensión, el libro de Timossi permite vislumbrar los distintos estadios en la vida de un hombre cuando esa vida individual se subordina a un proceso revolucionario que desde la oposición llega al gobierno para transformar un estado.

El joven pelirrojo que en Nueva York cantaba bajo la nieve; el militante clandestino que en arranques de audacia arriesgaba la seguridad; el combatiente de la Sierra que aprendió con el Che, Fidel y Raúl Castro la lógica militar de la guerrilla; el responsable de la región de Santiago de Cuba que "irresponsablemente" organizó una marcha de milicias obreras armadas cuando en 1959 Fidel estaba en Estados Unidos negociando las nuevas relaciones diplomáticas tuvo que asumir con rapidez los cambios que se avecinaban y la responsabilidad que le adjudicaron. Sin dinero ni instrumentos, sin la preparación técnica ni profesional de lo que debía ser un órgano de inteligencia, llegó a construir uno de los aparatos de seguridad más eficientes que se enfrentaron a organizaciones tan poderosas como la CIA.

Los testimonios que recoge el libro de Timossi (un primer paso hacia una biografía más exhaustiva del misterioso Barbarroja) coinciden en señalar el humor permanente (sobre todo para contar sus propios errores, como recuerda su hija), la solidaridad, la capacidad para evaluar personas y situaciones, y la flexibilidad de Piñeiro para adaptarse a los cambios que sobrevinieron en Cuba y en el mundo sin contradecir sus convicciones. Quizás uno de los "cuentos de Barbarroja" más sorprendentes sobre la personalidad y las concepciones del jefe de la inteligencia cubana es, curiosamente, el texto de monseñor Carlos Manuel de Céspedes García Menocal, el obispo cubano que fue secretario de la Conferencia Episcopal y vicario de la Curia de La Habana, entre otros cargos eclesiásticos no menos importantes. El sacerdote recuerda los comentarios de amigos comunes sobre la capacidad de comprensión y de diálogo de Manuel Piñeiro y sus discrepancias con el "talante soviético" del marxismo. Pero también quiere dejar testimonio de su propia relación con Barbarroja: "Discutir con Manolo y mantener la discrepancia sin resolverla fue, para mí, un privilegio (...). Necesitados estamos en Cuba, en todas las "zonas" de nuestro pueblo incluyendo a la Iglesia de que se multipliquen personalidades con un talante similar; hombres y mujeres positivos ante la existencia, de lo que no se derrumban ante los contratiempos (...). Un mundo interior muy rico y para muchos desconocido en sus entresijos, sembrado de misterios luminosos, tiene que haber animado a Manolo para que haya sido como fue".♣



LOS TESTIMONIOS QUE RECOGE TIMOSSI COINCIDEN EN SEÑALAR LA FLEXIBILIDAD DE PIÑEIRO PARA ADAPTARSE A LOS CAMBIOS QUE SOBREVINIERON EN CUBA Y EN EL MUNDO SIN CONTRADECIR SUS CONVICCIONES.



CORREO ELECTRÓNICO

La nota de tapa de la edición 83 de Radarlibros, firmada por Juan Ignacio Boido, motivó un aluvión de correspondencia. A continuación, reproducimos uno de los tantos e-mails en los cuales la reflexión sobre literatura y mercado continúa.

Me pareció útil y sano que hayan decidido examinar la cuestión del lugar de la literatura en el universo de los consumos culturales (y, tal vez, de paso, el lugar de la cultura en el contexto de los consumos en general). La palabra "producto" no tiene por qué resultar aterradora: sirve para colocar el asunto en sociedad, o en la sociedad, mejor dicho. El riesgo radica, me parece, en confundir producto con mercadería. En ser más papista que el papa y adherir al mercado como única manera de comprenderlo. En ese caso, estaríamos entregando nuestro territorio, puesto que terminaríamos por plantearnos la cuestión de la literatura o los libros o la lectura en los mismos términos en que se lo plantea el repositor de las góndolas del supermercado. Producto no es sinónimo de mercadería, ni ser un repositor de góndola es la única alternativa a ser un diletante. Tal vez la pregunta que debamos plantearnos no sea por qué no se vende la literatura sino, más bien, cuál es el lugar social de la literatura y del arte y antes, tal vez cuál es el lugar social de la lectura, puesto que parece ser ahí donde se hace la diferencia ("lector" no es sinónimo de "cliente").

Éstas eran preguntas que los que teníamos treinta años en la década del 70 nos hacíamos constantemente, aunque no siempre bien ni siempre de manera provechosa, por supuesto. Eran preguntas vivas, que se precipitaron, como tantas otras cosas, en el gran hiato. Parecería que llegó la hora de volver a plantearlas. En ese caso habrá que hacerlo de manera pertinente, propia, y animándonos a rozar la esa si que temida, y aterradora para muchos cuestión del sentido: ¿qué sentido tiene escribir, leer, construir cultura? ¿Cuál es el papel de los escritores, su función social? ¿Por qué esperar que alguien invierta tiempo y dinero en una porción de ficción escrita? ¿Qué sentimientos (o qué "estructura de sentimiento" diría Raymond Williams) abriga nuestra sociedad en torno de estos temas? En fin, muchas preguntas. Y todas llevan a muchas preguntas más. Pero no debería asustarnos la complejidad: es inherente a nuestro oficio. Mi deseo es que esta carta pueda ser útil en la buena empresa de no dar las cosas por sentadas y empezar a desatar el nudo.

Graciela Montes

***Nota de la redacción**: Las corrientes teóricas y las estéticas más progresistas, a lo largo del siglo, evitaron siempre pensar la literatura, en particular (o el arte, en general), como "producto". Insistieron, en cambio, en definir la literatura como "producción" (es decir, como proceso). Considerar a la literatura un "producto", en cualquier sociología del arte, integra los dispositivos de cosificación (o reificación) que caracterizan la intervención burguesa en el arte y la cultura. El retroceso de las ideas progresistas referidas a la cultura es correlativo, señalan los historiadores, de la captura de las "producciones" estéticas por parte de los mercados.*

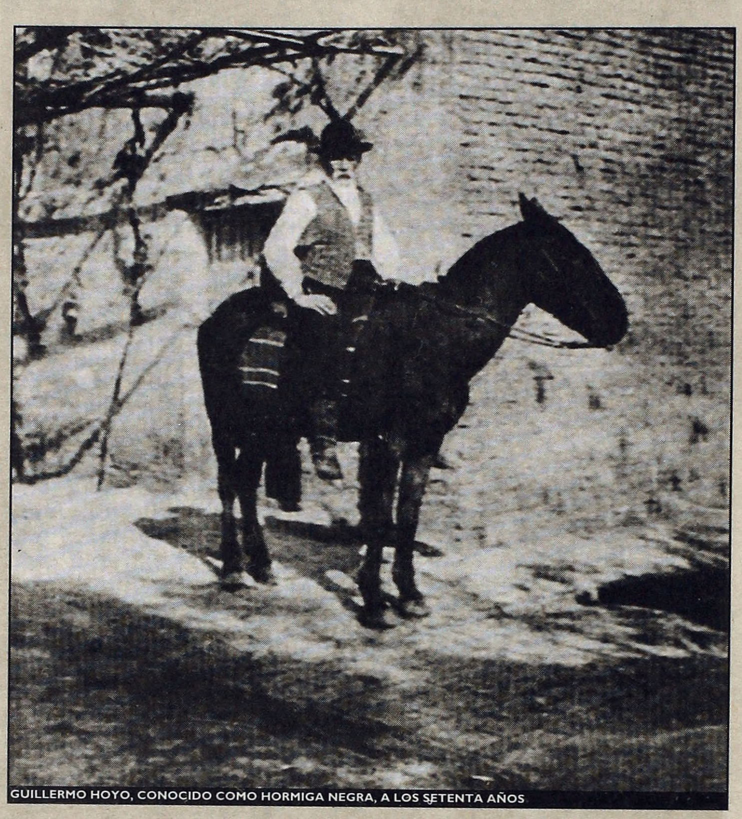
Hormiga Negra ataca de nuevo

*Las obras de Eduardo Gutiérrez (*Juan Moreira, Hormiga Negra *y* Antonio Larrea*) presentadas por Perfil en una edición de lujo devuelven a las librerías un momento decisivo en la relación entre literatura e investigación policial, entre imaginación popular y cultura letrada.*

por **Guillermo Saccomanno**

Antes de dedicarse al periodismo, Eduardo Gutiérrez fue soldado, combatió contra los indios y fue opositor a la federalización de Buenos Aires. Como cronista de policiales de La Patria Argentina obtuvo tal repercusión que, a pedido de los lectores, empezó a incursionar en el folletín. Como sostiene Jorge B. Rivera, a Gutiérrez se le debe la nacionalización del folletín: le otorgó al género su estructura de desarrollo, tal como se generó en Europa. En su forma de comprender la literatura, Gutiérrez torna imprecisos los límites entre la investigación policial, la ficción y una estética "culta". Revisar a Gutiérrez hoy implica comprobar, ya entonces, las tensiones entre los discursos del poder y aquellos que se organizan desde los bordes, calificados como marginales, pugnando por su legitimación. A propósito de los rasgos del género, sabemos que, en nuestros días, muchos de los productos que nos entregan los medios masivos desde la historieta al teleteatro ofrecen como sobrevivientes no pocas consignas, estereotipos y mensajes acuñados en su tiempo por los escribas laboriosos del folletín.

Al morir en 1889, a los treinta y ocho años, Gutiérrez no sólo había alcanzando una fenomenal consideración de público. También dejó más de treinta libros. Tres de ellos son presentados ahora en una edición supervisada por Alejandra Laera. Los más conocidos son el clásico *Juan Moreira*, *Hormiga Negra* y la casi extraviada *Antonio Larrea*, subtitulada por Gutiérrez "Un capitán de ladrones en Buenos Aires". El mérito de *Antonio Larrea* consiste en ser la primera aproximación de Gutiérrez al género, donde el autor ya se preguntaba, según Laera, "¿cómo se escribe una historia ficticia a partir de hechos tomados de la realidad?". Un valor adicional de las otras novelas son los respectivos prólogos de Josefina Ludmer y Jorge Luis Borges.



GUILLERMO HOYO, CONOCIDO COMO HORMIGA NEGRA, A LOS SETENTA AÑOS

"Los escándalos de Moreira" de Ludmer es una ponencia presentada en Yale en 1994, anterior a su manual *El cuerpo del delito*. El análisis de Ludmer en el que se advierte la marca de Viñas es una aguda lectura ideológica del libro más difundido de Gutiérrez. La ensayista propone leer a Moreira "como la construcción de un héroe popular del salto modernizador: el héroe de la violencia, un verdadero escándalo cultural". Contrastando las diferencias entre Martín Fierro y Moreira, Ludmer encuentra que el personaje de Gutiérrez antes héroe en la vida real que en la ficción encarna la justicia de la violencia popular. Sin embargo, el insurgente mantiene una relación de vasallaje con sus padrinos políticos, así como antes Fierro la establecía con los patrones de estancia. En Moreira, Ludmer observa también una "verdadera pirámide paternalista de los efectos". Pero lo relevante es que "cada vez que aparece Moreira en la escena cultural juega otra vez la civilización y la barbarie nacional". En su indagación sobre el texto de Gutiérrez, Ludmer también incluye sus proyecciones en el tiempo. La figura de Moreira, resignificada, aparece, por ejemplo, en *Alambres* de Néstor Perlongher, aludiendo directamente a la represión de la última dictadura.

En su prólogo a *Hormiga Negra* Borges aclara que *Juan Moreira* no es la novela de Gutiérrez que le gusta recomendar. *Hormiga Negra*, en cambio, es su predilecta. Basada en las peripecias sangrientas del cuchillero Guillermo Hoyo, el gusto de Borges por esta novela debe rastrearse en alguna de sus veneraciones, la traducción local del western y pistoleros como Billy the Kid. En "Eduardo Gutiérrez, escritor realista", Borges justifica su apreciación personal en la forma en que Gutiérrez combina la crónica con el mito, que remite también a un escándalo. "El casi escandaloso sabor de la veracidad", dice Borges. En relación con el gaucho, sigue Borges, Sarmiento fue un fiscal, Hernández, el defensor con alegato y Güiraldes, un creyente. Gutiérrez, en cambio, fue el autor de "un libro real" que, superando las contingencias de su prosa, se salva por un hecho, "un hecho que la inmortalidad suele preferir: se parece a la vida".

Esta nueva edición de las novelas de Gutiérrez reactualiza la polémica entre la literatura popular y los cánones establecidos por una elite. Por lo general, cuando las *intelligentzias* incorporan y asimilan estas piezas, lo hacen tardíamente, como banalidad kitsch o bien como objeto de laboratorio. Sucede, a menudo, cuando las obras perdieron su función transgresora. Si las novelas de Gutiérrez siguen diciendo algo, si no perdieron su atractivo, quizá sea atribuible a que su autor exasperó tanto los códigos periodísticos como ficcionales de su tiempo sin pensar que aquello que escribía era menor. Teniendo en cuenta las diferencias y similitudes entre pasado y presente, otra cuestión que Gutiérrez vuelve a discutir es que no siempre la masividad es el factor descalificante de una escritura.♣